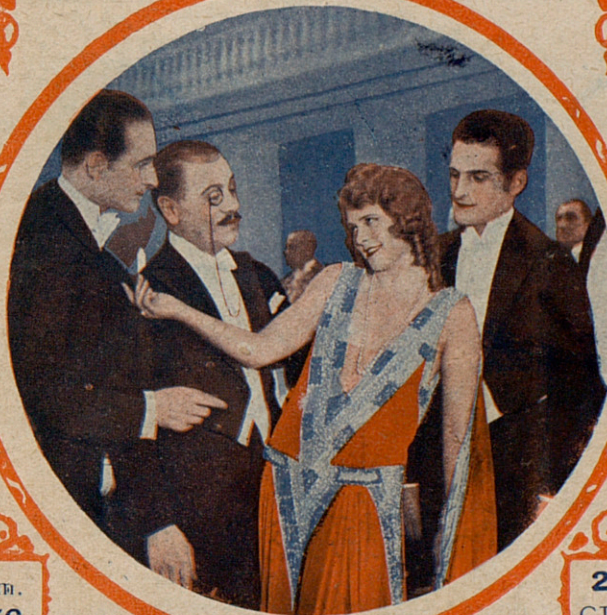


FILMS DE AMOR

Princesas del Dólar



Núm.
156

25
CTS.

LIANE HAD - G. ALEXANDER

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 156

PRINCESAS DEL DÓLAR

(DIE DOLLARPRINZESSIN UND IHRE SECHS FREIER, 1923)

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por la bella actriz de la pantalla

LIANE HAID

por MANUEL NIETO GALAN

E X C L U S I V A S

F. TRIÁN

C. de Ciento, 261

Barcelona

REPARTO

Rosa Gerrard	LIANE HAID
Santiago de Valeski	George Alexander

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

Nos hallamos en una gran ciudad, en Berlín, y dentro de un magnífico hotel de esta gran ciudad, que lleva por título "Majestic", donde todos los favorecidos por la Fortuna encuentran cuantas comodidades, placeres y frivolidad pueden exigir sus más extraviados caprichos. Pero en el interior de este suntuoso hotel hay una central telefónica a cargo de dos lindas empleadas, que se desviven para complacer a los clientes, aunque no siempre resulta muy distraído su trabajo, pues los viajeros suelen ser coléricos, exigentes y, muy a menudo..., groseros.

A pesar de la gran amistad que las une, sus caracteres son por completo distintos; la mayor de ellas, llamada Angelina, es un temperamento apocado, tímido, de cualquier cosa se asusta y su única preocupación es la de no perder el empleo que ocupa. La otra... bueno, la otra, o sea Rosita Gerrard, es el mismo demonio encarnando el cuerpo encantador de mujer. Sus negros ojos, grandes, ensoñado-

res, son de esos que saben decir muchas cosas y la caricia de su mirada es capaz de sublevar al hombre más tranquilo del Universo.

Aquella mañana todo era animación y movimiento en el gran hotel, precursor de algún extraordinario acontecimiento, y el acontecimiento que se avecinaba era nada menos que la llegada de miss Van Gilt, una de esas princesitas del dólar, que causan la revolución por doquiera que van.

Rosita, espíritu ensoñador, como ya hemos dicho, traía con su compañera una animada conversación acerca de la llegada de mis Van Gilt, cuando oyó sonar insistentemente el timbre del teléfono.

—Será para anunciar la llegada de esa princesa del dólar—le dijo Rosita a su amiga, mientras se colocaba nuevamente el auricular y preguntaba, segundos después:

—¿Quién es?

—Dígale al "maitre"—respondió una voz desagradable—que otra vez son las nueces más viejas que mi abuelo.

—¡El mismo de siempre!—exclamó incomodada Rosita—. ¡Todavía el 75 encuentra las nueces rancias!... ¡Habrà que plantarle un nogal en su cuarto, a ver si así las encuentra del día!

Al poco rato, una dulce canción vino a tur-

bar el diálogo de las dos telefonistas y Angelina exclamó, disgustada:

—¡Vaya un tenor!... ¡Y ha descolgado el auricular para que oigamos sus gorgoritos!

Sin embargo, para Rosita, aquel tenor de que hablaba su amiga no era tan desagradable como le parecía a Angelina. Ella oía una voz dulce y lejana, la de un gramófono, que Rosita tomaba, convencida, por la del caballero que ocupaba el cuarto número 68. Sin haberlo visto nunca, Rosita se sentía atraída por aquel hombre. En su mente se lo presentaba como un hombre guapo, fuerte, distinguido, completamente diferente de todos los demás, y en sus sueños dorados le había dado forma a su manera, llegando incluso a estar enamorada del desconocido ocupante del 68.

Era éste, por rara coincidencia, un tipo igual al forjado por la imaginación de Rosita. Se llamaba Santiago de Valeski, era marqués del mismo título y además un perfecto "gentleman", dueño de varios millones, que saboreaba a conciencia su dulce soltería, sin poder imaginar que había despertado una verdadera pasión en el corazón de la preciosa telefonista.

Del ensimismamiento en que se hallaba Rosita en aquel instante la sustrajo la presencia del señor Kraus, el jefe de personal, terror de las telefonistas, y que tenía la cuali-

dad de estirarse ante los humildes, tanto como se curvaba antes los poderosos. Se acercó a la joven y con su habitual seriedad le dijo:

—¿Es así como cuida usted del teléfono?

—Estaba preparada por si llamaban—respondió la joven.

—Siempre ha de tener usted una disculpa—protestó el señor Kraus—. ¿Ha avisado usted que las habitaciones números 66 y 67 están reservadas para miss Van Gilt?

—Sí, señor—volvió a decirle la muchacha.

—Si no lo ha hecho—siguió diciendo el jefe de personal, como si no hubiera oído la respuesta de la telefonista—, procure no olvidarlo; así, por lo menos dejará de emperifollarse por unos segundos.

Rosita, sin ganas de discutir, lo dejó marchar y cuando ya estuvo lejos de ella, le dijo a su amiga:

—Por lo que se ve, este tío ha de meterse hasta en si una se arregla o no.

Luego suspiró tristemente y murmuró:

—¡Qué suerte la de esa princesita!... ¡Estar junto al número 68!...

—¡Bah!—exclamó Angelina—. ¿Para lo que se le importará a ella?... ¡Siempre estás pensando en ese hombre, sin haberlo visto siquiera!

—Llevas razón—le contestó Rosita—, pero

te aseguro que de hoy no pasa que le conozca. En cuanto el señor Kraus se aleje voy a ir a su cuarto y le veré.

—No seas loca, Rosita—le recomendó su compañera—. Piensa que te puede costar la colocación.

—No hay cuidado—respondió Rosita, mientras se empolvaba y retocaba la carita—. Tú estarás aquí, por si llama alguien, y nadie se enterará de mi ausencia.

Había acabado el arreglo de su rostro y, decidida a llevar a cabo su pensamiento, subió al cuarto número 68, deseosa de conocer personalmente al huésped misterioso que tan interesada la tenía.

Se colocó delante de la puerta del cuarto número 68 y, cuando ya estaba a punto de salir el marqués de Valeski, sintió que alguien se aproximaba. Miró hacia la escalera y vió subir, nada menos, que al terrible señor Kraus. Ante la inminencia del peligro de ser descubierta, no se le ocurrió otra cosa que meterse en las habitaciones destinadas a la princesa del dólar, donde ya había sido depositado todo el equipaje de rica hija de Yanquilandia. Rosita se vió de pronto rodeada de

todas aquellas maletas y baúles y tuvo uno de sus atrevimientos: hacerse pasar por la princesa del dólar y librarse así de las furias del señor Kraus. Abrió una de las maletas, sacó el vestido que más le gustó y, minutos después, la humilde telefonista estaba convertida en una gran dama, cuya belleza resaltaba sobremanera con el atavío de aquellas prendas.

SEGUNDA PARTE

Sabedores de la llegada de la princesa del dólar, una pléyade de periodistas había acudido al Majestic. Inmediatamente se enfrontaron con el conserje, a quien uno de ellos le preguntó:

—¿Cuándo ha llegado la princesa del dólar?

—Todavía no está en el hotel—respondió el empleado.

Los periodistas, creídos que los engañaba, insistieron, diciéndole:

—Sin embargo, nosotros hemos visto todo su equipaje.

—Es lo único que ha llegado. Lo han subido a las habitaciones que tiene reservadas miss Van Gilt, que corresponden a los números 66 y 67.

Ya no necesitaron saber más los "chicos de la Prensa", sino que subieron escaleras arriba decididos a entrevistar a la célebre princesita, aunque para ello tuvieran que valerse de todas las estratagemas que les sugiriese sus respectivas imaginaciones.

Pero, antes que ellos, había llegado otro gran personaje, el embajador de los Estados Unidos, que había ido para dar la bienvenida a su compatriota.

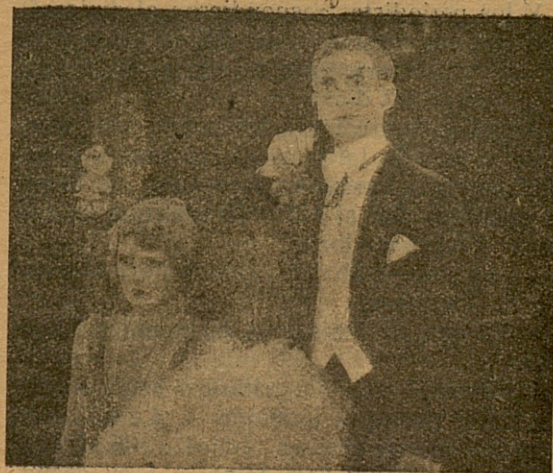
Y de esta forma es como Rosita, al salir del cuarto 67, se ve ante las miradas estupefactas de los periodistas y del mismo Kraus, que, a pesar del disfraz de la muchacha, no ha dejado de reconocerla.

El truco de la picaresca telefonista surtió el efecto deseado y, sin que nadie dejara intervenir al señor Kraus, el propio embajador se apresuró a saludarla, diciéndole:

—Como embajador, es mi privilegio en dar a mi bella compatriota la bienvenida...

—Muchas gracias, señor—respondió Rosita, que veía que la cosa se iba complicando más de lo que ella había sospechado—. Son ustedes muy amables.

—Miss Dora Van Gilt—exclamó un periodista, en representación de todos sus cole-



— Tres hurras por la hija predilecta de Yanquilandia

gas—, su presencia entre nosotros es un gran honor, del que estamos orgullosos, y nuestro mayor deseo es que usted no nos abandone.

—Tengan la seguridad de que permaneceré en Berlín mucho más tiempo del que ustedes se figuran—respondió Rosita, pensando en que no tardaría mucho tiempo en descubrirse toda aquella farsa.

—¡Señores! — exclamó el embajador —. ¡Tres hurras por la hija predilecta de Yanquilandia!

Y los periodistas respondieron al diplomático con sus vítores, convencidos todos ellos de que verdaderamente se encontraban ante la princesa del dólar...

Angelina, entre tanto, no podía estar tranquila viendo la tardanza de su amiga y decidió subir a buscarla; pero antes de llegar se encontró con el señor Kraus, que le dijo en tono amenazador:

—¡Su sitio es abajo!... ¡Nada tiene que hacer en los pisos!

—Es que yo venía... — tartamudeó Angelina.

—¡Basta!—volvió a gritarle el señor Kraus, sin darle tiempo a terminar—. ¡Le he dicho a usted que su sitio es abajo!... ¡Obedezca!

El señor Kraus bajó también a su despacho, decidido a terminar de una vez con aquella anormalidad, y mientras tanto, la verdadera Dora Van Gilt hacía en el hotel una entrada sencillísima, modesta y desapercibida. Fué en busca del "maitre" y le preguntó:

—Soy miss Dora Van Gilt. ¿Qué habitaciones me han reservado ustedes?

—Números 66 y 67, señora.

Ya habían acabado las interviús y se hallaba sola Rosita, cuando se presentó en las habitaciones 66 y 67 la verdadera princesa del dólar, que le preguntó, extrañada de ver allí a otra mujer:

—¿Puedo saber quién es usted?

—Podría ser la reina de Saba, ¿verdad?... Pues no soy más que miss Van Gilt.

—¡Usted sueña, señora! — exclamó miss Van Gilt—. Esa persona que dice usted ser soy ya misma...

Rosita se vió descubierta. Comprendió que si aquello se aclaraba, todo su plan se venía por tierra y que, además, se quedaría sin ver al ocupante del 68, motivo único por el cual se había metido en aquel jaleo. Para evitar que todo esto sucediese, dejó que entrase la princesa del dólar y, cerrando de improviso las habitaciones, salió de allí para dar cima a su plan con otra idea diabólica. Llamó por teléfono al "maitre" y le dijo:

—Miss Van Gilt está hablando... En mis habitaciones se ha introducido una loca que pretende ser yo... Vengan a llevársela de aquí

El "maitre", sin dudar de las palabras de Rosita, subió a las habitaciones 67 y 68, seguido de varios empleados del hotel, y al ver a Rosita sin adivinar en ella, a la telefonista, le dijo:

—¿Ha sido usted quien ha llamado?

—En efecto—respondió Rosita—. Soy miss Van Gilt.

—Entonces, ¿quién es la otra que hace media hora me preguntó por sus habitaciones, dándome su nombre?

—Se trata de una pobre loca — contestó tranquilamente Rosita. — Se ha introducido

en mis habitaciones y no hay manera de sacarla. Sobre todo, nada de escándalo... Cójanla con mucha suavidad y llévenla al despacho del señor Kraus.

El "maitre", siguiendo las instrucciones de Rosita, entró en las habitaciones donde estaba encerrada la verdadera princesa del dólar y le dijo amablemente:

—Vamos, señorita... venga con nosotros... Todos podemos volvernos locos el día menos pensado.

Y, quieras que no, miss Dora Van Gilt fué conducida al despacho del señor Kraus, a quien, reservadamente, el "maitre" puso al corriente de lo que se trataba, diciéndole momentos antes de salir:

—Vigílela bien, Kraus... No conocemos su locura y podría ser peligrosa.

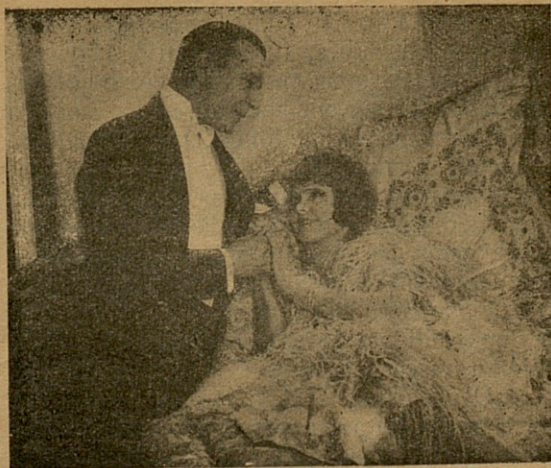
Terminada su misión, volvió de nuevo en busca de Rosita y le dijo:

—Mil perdones, señora, por lo sucedido... La loca está ya encerrada en el despacho del jefe de personal y nada hay que temer.

—Me dan mucha pena las locas—exclamó con fingido sentimiento Rosita—. Procure usted que no le falte nada y todo carguélo en mi cuenta.

—Así se hará, señora—respondió, despidiéndose el empleado del hotel.

Cuando lo vió alejarse, Rosita se dirigió al teléfono y encontró allí a su compañera,



...inició la conquista de Miss Van Gilt.

a quien le dijo, contoneándose, para que pudiera admirar mejor las joyas y la ropas que llevaba puestas:

—Mírame, Angelina... ¡Soy toda una princesa del dólar!... ¡La ocasión la pintan calva y yo he sabido aprovecharla!

—Pero, Rosa—le aconsejó su amiga—, ¿no comprendes que si te descubren te pondrán en la calle?

—No me descubrirán—respondió confiadamente Rosita—. El único peligro era la ver-

dadera miss Van Gilt y la he encerrado... Ahora lo que necesito es un secretario distinguido, que me dé unas cuantas lecciones de urbanidad, y ya verás cómo esta noche soy una auténtica princesa del dólar... aunque mañana se hunda el mundo.

Tan abstraídas estaban las dos amigas en la conversación, que no se dieron cuenta que desde hacía un gran rato llamaban al teléfono, pidiendo comunicación. Precisamente era el ocupante del número 68, quien, ante la imposibilidad de entenderse por teléfono, bajó en busca del "maitre" y le dijo:

—¡Deme usted la cuenta! ¡Vaya un hotel! Hace media hora que estoy tratando de telefonar y nadie me contesta!

—Perdone el señor — respondió el "maitre" —. Es que la llegada de miss Van Gilt, la princesa del dólar, ha revolucionado todo el hotel.

Rosita, entre tanto, para disimular su conversación con Angelina, había pedido comunicación con una Agencia y decía al encargado de ésta:

—Soy miss Van Gilt y deseo un secretario distinguido. Vean ustedes de proporcionarme uno.

El marqués de Valeski ya no oía las excusas que le daba el "maltre". Toda su atención se hallaba concentrada en la linda figura de la que él creía miss Van Gilt e interiormente

se decía que no había visto nunca una mujer tan encantadora como aquélla.

Bastó solamente aquella rápida visión para que el marqués sintiera flaquear sus propósitos de eterna soltería y allí quedó durante un gran rato, hasta que, por fin, desapareció Rosita. Tomó luego un periódico al azar y se dirigió de nuevo a su cuarto. No hizo más que abrir al diario cuando tropezó su vista con un suelto que era para él en aquellos momentos de gran interés, y que decía:

"La llegada de una princesa del dólar— Se dice que miss Dora Van Gilt, hija del rey del Tabaco, la cual se hospeda en el hotel Majestic, trae el propósito de elegir marido entre nuestra nobleza..."

Cuando acababa de leer aquel suelto entró el "maitre" del hotel, llevándole la cuenta que había pedido, y el marqués de Valeski, que había tomado una rápida determinación, le dijo:

—He pensado otra cosa. Ya no me voy.

El "maitre", acostumbrado a todas estas rarezas de la gente rica, no demostró ninguna extrañeza por aquel cambio y se limitó a retirarse, diciendo:

—Como el señor guste.

TERCERA PARTE

En el despacho del señor Kraus tenía, mientras tanto, lugar una escena violenta entre éste y la verdadera miss Van Gilt.

A pesar de las protestas que la americanita hacía diciéndole que era ella la verdadera princesa del dólar, el jefe de personal dudaba de sus palabras y salió para averiguar lo que había de verdad en todo aquello. Miss Van Gilt aprovechó aquel momento para fugarse del despacho donde estaba encerrada y, casualmente, vino a entrar en uno de los montacargas del hotel. Tocó el botón para dirigirse a la parte superior del edificio y la casualidad vino a auxiliar a Rosita, haciendo que el montacarga se estropease entre dos pisos y que quedase prisionera la única persona que podía descubrirla.

El anuncio de que la princesa del dólar necesitaba un secretario fué de un efecto fulminante para todos los que deseaban empleo, pero cuando llegaron a la puerta del cuarto se encontraron con la sorpresa de que había un cartelito que decía:

"ESTA OCUPADA LA PLAZA"

El autor del cartelito que había empleado tal estratagema para quedarse sin competidores había sido el propio marqués de Valeski, quien, momentos después, se presentó a Rosita, diciéndole:

—He leído su anuncio y vengo a ofrecirme como secretario.

—¿Usted ha estado en América?—le preguntó ella.

—He estado varios años allí—le respondió Valeski, sin titubear.

—¿Conoce usted las costumbres del gran mundo neoyorquino?—siguió preguntándole la traviesa telefonista, pensando que con un poco de picardía podría aprender todo lo que necesitaba para hacerse pasar por una idéntica princesa del dólar.

—Admirablemente, señorita—le contestó el marqués.

—Vamos a ver — siguió diciendo ella—: ¿Puede usted demostrarme cómo procede una millonaria yanqui a la hora de comer?

—Eso es muy sencillo—exclamó Valeski.

—Pues demuéstremelo—insistió ella, dándose cuenta de que aquel hombre era preci-

samente el mismo que ella había podido ver unos segundos antes, o sea el que ocupaba el número 68. No quedó defraudada, pues si simpático le había parecido en su rápida ojeada, ahora, al tenerlo cerca de ella, quedaba mayormente sorprendida por su exquisita corrección y por la galantería que expresaba en todos sus actos. Fascinada por él, no dejaba de mirarlo acariciadoramente y Valeski, al sentir sobre él la dulzura de aquella mirada, quedaba más prendido todavía entre los encantos de aquella mujer ideal.

Siguiendo el deseo de ella, se sentó en la mesita que había en el cuarto e inició desde el primer momento la conquista de Rosita, que le dijo, al fin:

—Ahora estoy segura de que es usted un hombre de mundo...

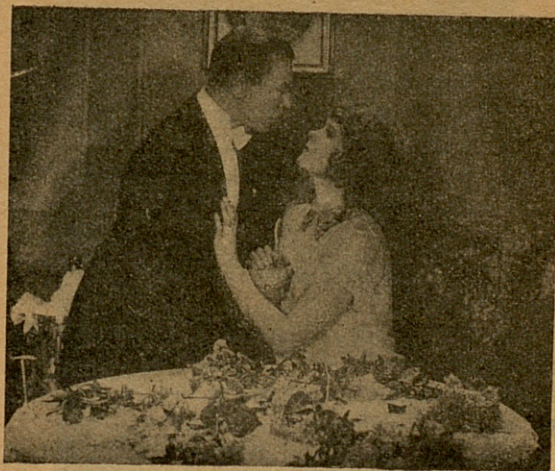
Valeski sonrió, comprendiendo lo que quería decir con aquellas palabras, y ella siguió diciéndole, cada vez más insinuadora:

—Dígame otra cosa... ¿Qué haría una mujer distinguida para hacer ver a un hombre que no le es indiferente?

—La verdad, señorita—exclamó él—, para interpretar el amor, lo primero que hace falta es sentirlo.

—¡All Right!—exclamó alegremente Rosita—. Es usted mi secretario... Dentro de media hora venga a buscarme para comer.

Y, cada vez más entusiasmado por aquella



—Lléveme usted al hotel.

mujer, el marqués de Valeski salió de las habitaciones de la fingida princesa del dólar, de seando que pasase cuanto antes aquella media hora que lo tendría alejado de ella.

El suelto del periódico había hecho ir al hotel al barón de Primaikoff, un noble ruso arruinado, que para dorar un poco sus blasones se había hecho agente matrimonial. Al leer que la princesa del dólar buscaba marido entre la nobleza alemana, no le fué difícil encontrar a varios jóvenes que necesitaban de

un buen casamiento para sostener sus títulos.

Directamente se fué al hotel el barón y le dijo al "maitre":

—¿Tiene usted una mesa disponible cerca de la de miss Van Gilt?

El "maitre" lo llevó hacia un lugar apartado del comedor y le indicó una mesa, diciéndole:

—Miss Van Gilt y su secretario comerán aquí, señor.

En efecto, poco después apareció Rosita, acompañada por el marqués de Valeski, y ocuparon la mesa que había indicado el empleado del hotel.

Rosita dirigió la mirada por el comedor y, al ver que se hallaban en un sitio donde difícilmente serían sorprendidos por los demás, empezó su insinuación amorosa. Hubo un momento en que el marqués se sintió fascinado por completo por aquella muñequita; pero, acordándose de su caballerosidad, adoptó una actitud de verdadero secretario, que terminó por disgustar a Rosita, hasta el punto que le dijo:

—Creí que era usted más inteligente cuando lo vi por primera vez. Ahora parece usted otra persona completamente diferente.

—Siento haber desmerecido a sus ojos, señorita—respondió el morqués—, pero...

No pudo terminar la frase porque en aquel



Llegaron al hotel...

momento lo llamó el barón, que se había acercado a la mesa que ellos ocupaban, y el marqués, ante el temor de que lo descubriera, corrió hacia él, diciéndole:

—No diga nada de mi verdadera personalidad.

—Seguiré su consejo, si usted me presenta a la señorita que le acompaña—exclamó el viejo ruso.

Inmediatamente cumplió aquél el deseo del agente matrimonial y apenas transcurridas las primeras palabras, Rosita aceptó la amistad que le ofrecía el anciano, quien, desde el primer momento, empezó a hablarle de matrimonio.

El señor Kraus había estado buscando a Rosita por todas partes y cuando la vió en compañía del marqués le hizo una seña a éste para que se acercara y le dijo reservadamente:

—Señor, es mi deber decirle que está usted comiendo con una de las telefonistas del hotel. Yo le presentaré a la verdadera miss Van Gilt.

—¿Entonces no es ésa la verdadera princesa del dólar?—preguntó extrañado el marqués.

—No, señor: es sencillamente una de nuestras telefonistas.

—Pues le felicito sinceramente, señor Kraus—exclamó Valeski—. Sabe usted elegir verdaderas preciosidades. Muchas gracias por el aviso.

Antes de que volviera a la mesa donde estaba Rosita y el barón, éste, pensando en la fiesta que había dejado preparada en su residencia, le decía a la muchacha:

—¿No le gustaría a usted cenar en mi casa, en vez de aquí? La seriedad de un hotel

no es siempre agradable para una mujer tan joven como usted.

—Admirable, barón—exclamó Rosita—. Acepto su invitación. Vamos a su casa.

—Además—siguió diciendo el barón—, tendré el gusto de presentarle a seis jóvenes de la aristocracia que aspiran al honor de su mano.

Rosita se levantó dispuesta a salir y, al ver llegar a Valeski, le dijo:

—El señor barón me ha invitado a la fiesta que da en su casa, puede usted acompañarnos.

CUARTA PARTE

Poco después, Rosita hacía su entrada triunfal en casa del barón, donde ya estaban esperando los jóvenes de que había hecho mención.

—Miss—le dijo el aristócrata ruso—, le presento a usted a los seis solteros más distinguidos de Europa.

Con una coquetería encantadora, Rosita fué saludando a cada uno de los que pretendían la mano de la princesa del dólar, mientras que el marqués se sentía a cada vez más celoso de aquellos imbéciles.

El barón ruso puso fin a las presentaciones, indicando la mesa y diciéndoles:

—Siéntense, señores... Miss Van Gilt va a honrar nuestra mesa...

Mientras comían, el barón no dejaba de hacer mención a las dotes que, según él, adornaban a cada uno de sus comensales, esperando que Rosita se decidiera por algunos de ellos.

Al fin, ésta le atajó, diciéndole:

—No es éste el momento oportuno, barón. Le prometo que mañana le daré a usted mi contestación definitiva; pero ahora quiero distraerme. ¡Bebamos por mi próxima boda!

Todos se levantaron y un brindis general acogió las palabras de Rosita.

Las emociones de aquel día habían sido demasiadas para la pobre muchacha y al cabo de poco tiempo de encontrarse en casa del barón se sintió cansada. Además, el exceso que había hecho del champaña empezaba a surtir sus efectos y, acercándose a Valeski, le dijo:

—Lléveme usted al hotel... Estoy muerta de cansancio.

Valeski ofreció su brazo a Rosita y ésta, apoyada en él, llegó hasta el coche que la esperaba en la puerta. Se sentó al lado del marqués y pronto sintió un peso enorme en la cabeza, que la obligaba a cerrar los párpados. Sin poderse contener por más tiempo, dejó reclinar su cabecita sobre el pecho de Valeski, que no pudo menos que rodearla con su brazo, cada vez más entusiasmado por la belleza de aquella mujer.

Cuando llegaron al hotel, Rosita comprendió que aquella comedia tenía que terminar definitivamente y le confesó toda la verdad al marqués, diciéndole:

—No puedo engañarle a usted más tiem-

po... Perdóneme lo que he hecho, pero yo no soy lo que usted se piensa.

El la miró extrañado de aquella confesión y la muchacha siguió diciéndole:

—Yo no soy la princesa del dólar. No soy más que una humilde telefonista...

Valeski, cada vez más enamorado de ella, la tranquilizó, diciéndole:

—Mañana me dirá usted todo lo que quiera... Ahora duerma tranquilamente...

Y, cerrando la puerta, se despidió con una sonrisa, a la vez que le decía:

—¡Hasta mañana!

En la puerta se encontró con el señor Kraus, que intentaba entrar en las habitaciones de miss Van Gilt, y Valeski lo detuvo, diciéndole:

—No puede usted entrar. Miss Van Gilt está descansando.

—Eso le he dicho a usted ya y no ha querido creerme, señor—insistió el jefe de personal—. Esa no es miss Van Gilt... es la telefonista del hotel.

—Si es verdad lo que usted dice, ¿quién es la verdadera miss Van Gilt?—preguntó el marqués.

A su espalda sonó una voz femenina, diciendo:

—¡Soy yo!... ¡Hasta ahora no he podido salir de ese dichoso montacargas, donde he estado encerrada todo el día!



Cuando más ajena estaba...

—¿Qué idea perseguía, entonces, esa joven con semejante comedia?—preguntó nuevamente el marqués.

—Lo más probable—le respondió el señor Kraus—es que pretendiese llegar al corazón de usted,, a través de su talonario de cheques...

—¡Comprendo!... Comprendo ahora todo perfectamente — terminó diciendo el marqués—. Sólo les ruego que esperen a mañana. Yo, mientras tanto, voy a terminar este asunto.

Indignado, más que por nada, por aquella desilusión, Valeski entró en su cuarto para pensar en la venganza a que se había hecho acreedora aquella joven con su conducta.

A la mañana siguiente, a quien primero vió Rosita fué al jefe de personal. La muchacha, previendo su próximo despido, se acercó a él y le suplicó:

—No me despida, señor Kraus... Perdóneme... Todos estamos expuestos a perder la cabeza alguna vez...

A pesar del mal genio que siempre demostraba el jefe del personal, no dejaba por eso de tener un buen corazón y, compadecido por la sinceridad del sentimiento de Rosita, terminó diciéndole:

—Vuelva a su trabajo. Ya decidiremos luego lo que se ha de hacer con usted.

Y nuevamente se vió Rosita al pie del cañón, ante la tabla de los números del teléfono.

El barón no podía avenirse, cuando se enteró al día siguiente de lo sucedido, a perder aquella ocasión de ganarse una buena comisión. Estaba seguro de que el marqués amaba a la muchacha y fué a sus habitaciones para decirle:

—¿Qué me dice usted de la pequeña telefonista?

—Le ruego, barón—exclamó el marqués—, que no me hable de ella. ¡Se ha burlado de

mí ignominiosamente!... Menos mal que hemos descubierto su juego a tiempo...

—¡Qué engañado está usted, marqués!—le respondió el barón.

—¡Engañado!... ¿Por qué?

—Porque esa joven le ama. Estoy seguro de que lo que menos le importa de usted es el dinero...

—Quisiera creer sus palabras, pero estoy seguro de que está usted equivocado.

—¿Quiere usted que hagamos la prueba?—insinuó el barón—. Usted... la ama lo suficiente para hacerla su esposa?

—Sí, barón—confesó el marqués—. No puedo negarlo. Es la primera mujer que me ha hecho sentir ese sentimiento, del que tanto me reía. Comprendo que solamente su amor podría hacerme feliz... Pero, ¿y si se engaña?

—Venga, venga aquí y ocúltese—exclamó el barón—. Yo le proporcionaré el medio de que se convenza...

Llamó acto seguido el barón por teléfono y le dijo a Angelina:

—Dígale a su compañera que haga el favor de subir la cuenta del número 68.

Momentos después, aparecía Rosita. En sus ojos se advertían las huellas de las lágrimas.

Al entrar y encontrar la habitación sola, quedó sorprendida; pero, apenas vió sobre

una mesa un retrato de Valeski, se apoderó de él y quedó mirándolo ensimismada.

Sin poderse contener, se echó a llorar amargamente, mientras que lo besaba apasionadamente.

—¿Se convence usted?—le preguntó el barón.

—Sí, me ama, me ama—exclamó el marqués.

Rosita seguía besando el retrato de aquel hombre, del único a quien había amado en su vida, y que ahora perdía para siempre...

Cuando más ajena estaba, salió de su escondite Valeski y le dijo, afectando cierta seriedad:

—¿Podría usted decirme qué hace con ese retrato?

Rosita lo dejó rápidamente sobre la mesa, murmurando una excusa que apenas si salió de sus labios.

—¿No contesta? — insistió Valeski, acercándose a ella y sintiendo deseos de estrecharla entre sus brazos.

Y la contestación de Rosita fué echarse a llorar, dando rienda suelta a la pena que la afligía.

—No llores más—exclamó Valeski, estrechándola fuertemente—. Lo mismo da ser princesa y casarse con su secretario que ser marqués y casarse con una telefonista...

La muchacha lo miraba sin poder comprender sus palabras, hasta que salió el barón y le dijo:

—Me parece que sé hacer bien las cosas. Esto es asunto terminado. Que seáis muy felices tortolitos y hasta más ver.

—Rosa—volvió a decirle Valeski cuando se quedaron solos—, ¿es verdad que me amas?

—Sí—respondió ella, bajando la cabeza avergonzada—. Te amaba ya antes de conocerte. Ya ves si es grande mi amor.

Y en la intimidad del número 68 dos corazones se unieron para siempre, atraídos por un mismo sentimiento de inmensa felicidad.

FIN

5

Han sido los éxitos de la Cinematografía

EL DESFILE DEL AMOR (3.^a edición)

BEN - HUR (3.^a edición)

LOS NIBELINGOS (2.^a edic. agotada)

EL SIGNO DEL ZORRO (4.^a edición,

LOS DOS PILLETES (3.^a edición)

Y TODOS HAN SIDO EDITADOS POR

BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

Pida hoy mismo el Catálogo General que se remite gratis a
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
timos para el certificado. Franqueo gratis.

SOLAMENTE
BIBLIOTECA FILMS

— puede ostentar el —

Título de la supremacía

LEE LOS GRANDES EXITOS DE ESTA TEMPORADA

Tomos a 50 céntimos

LA MARCHA NUPCIAL.	Eric Von Stroheim
CARAS OLVIDADAS.	Clive Brook
CZAREVICH.	Ivan Petrovich
VENGANZA.	Dolores del Río
VENUS.	Constance Talmadge
EL RESCATE.	Ronald Colman
ADORACIÓN.	Billie Dove
LAS CUATRO PLUMAS.	Richard Arlen
REDENCIÓN.	Corine Griffith
EL DRAMA DE MONT CERVIN.	Marcela Albani
LA MUJER DE MOSCOU.	Pola Negri
NO MENTIRAS.	Lili Damita

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.